

El barrio de las viudas

Escribe: HUGO RUIZ

Todo en la ciudad conspira para que nadie se percate de la existencia del barrio. Esto es así porque, aunque nada parezca indicarlo, se trata ciertamente de un lugar inquietante. Uno puede salir en la mañana a la radiante claridad solar, caminar hasta el centro descendiendo por los amables barrios de los carros, cruzar el terraplén y apreciar en su justo valor el reconfortante paisaje de los jugadores de básquet recortados contra el esplendor de la arboleda y el césped. Llega al centro para observar de paso a los eternos contertulios del café que conversan y toman tinto. Llevan más de veinte años conversando y tomando tinto. Si uno se decide a continuar verá los puestos de comercio ambulante y, más abajo, los mediocres prostíbulos y las tienduchas. Pero al retomar la quinta avenida uno encuentra los ocobos florecidos que iluminan y alfombran los andenes y antejardines de las lujosas residencias. Aquí es posible desviarse a la derecha o a la izquierda, perderse por escondidos vericuetos, creer —o fingir creer— que la ciudad ya ha terminado, hace tiempos, hemos dejado atrás sus últimos linderos. Pero se tiene, a pesar de todo, la oculta certeza de que nos engañamos, que en su sitio exacto y olvidado el barrio continúa sumergido en su lastimosa condición de vidas que son ardientes recuerdos y ausencias.

En todos los otros sitios de la ciudad rara vez puede hallarse a alguien que al preguntársele en qué parte vive responda que en el barrio. Tal hecho obedece a varias razones, pero las principales son dos: la primera, allí sólo viven mujeres de relativamente avanzada edad y niños o adolescentes. Al lugar sólo puede llegarse a través de un puente colgante, pero el centinela encargado del control de salidas y entradas descuelga en la noche

el puente y sólo en ocasiones extremas decide colgarlo de nuevo. Como, por esta circunstancia, no viven allí hombres maduros que deban diariamente viajar a la ciudad para ocuparse del trabajo, sus moradores no sufren mayores molestias y antes bien se sienten aún más tranquilos y resguardados.

El barrio, además, es autosuficiente. Posee su propia escuela y un colegio con los primeros tres años del bachillerato. No es necesario más pues la no existencia del cuarto grado ha sido debidamente calculada. Se trata de una medida fomentadora del éxodo. De este modo, quienes desean estudiar más allá de dicho grado deben, forzosamente, abandonar el lugar. Y la norma prohíbe a cualquiera que así lo haga regresar nunca. Tengo para mí que tal medida hubiera podido ser aún más drástica, pues sólo muy de vez en vez alguien llega al tercer grado de secundaria. Por lo general no alcanzan a terminar la primaria cuando, tanto hombres como mujeres, deciden abandonar el sitio a sabiendas de que no les será permitido volver. Hay también una iglesia, y la importancia de su existencia nunca será lo suficientemente bien ponderada. Todos los días las mujeres y sus hijos llegan al humilde templo para rezar por la miseria de sus vidas pero sobre todo por sus muertos. Las dos cosas están estrechamente ligadas. Y hay también, por supuesto, un cementerio propio. El comercio se halla adecuadamente diversificado, y a esta sabia racionalización debió acogerse el barrio en razón de la arbitrariedad del centinela del puente y a fin de poder satisfacer las necesidades primarias de la colectividad. Así, basta con una zapatería, una sastrería, algunas tiendas estratégicamente situadas, un supermercado de existencias limitadas y una notaría. Tales negocios se abastecen a la llegada de un nuevo grupo de viudas o de cualquier nueva residente aislada. Pero estos arribos abundan cada vez menos. Con dichos elementos —y algunos otros de menor consideración— el barrio se defiende bien, sumergido en el dolor de sus recuerdos. He olvidado mencionar la segunda razón, pero esta es más sencilla de lo que parece: simplemente nadie admitiría vivir en el barrio —o haber vivido— si se le llegara a preguntar. Aunque, por otra parte, tan deleznable pregunta nunca podría tampoco llegar a ser formulada.

Pues aunque toda la ciudad sabe a cabalidad de la existencia recóndita del barrio nadie osaría jamás admitir su existencia. Los infortunados seres que allí nacieron, al decidirse a abando-

narlo, automáticamente deciden olvidar sus vidas en el lugar e inventan piadosas mentiras que intentan situar su nacimiento y primeros años en otra región, algo normal y menos estigmatizado. Si llegaran a declararse convictos de haber nacido y vivido allí se les condenaría al más enojoso ostracismo. No obstante, siempre habrá alguien tan romántico o ingenuamente rebelde como yo para que dé fe de su existencia.

He hablado de la arbitrariedad del centinela, pero en realidad se trata de una palabra excesiva. Su oficio, además, ha sido también debidamente calculado. Sólo descuelga el puente cuando comprueba —mediante el censo completo que posee y que en el momento indicado confirma— que nadie en ese instante debe salir. Se dirá que tal medida es contradictoria con la intención declarada de fomentar el abandono del lugar por parte de sus habitantes. Pero esto no es así. El puente se descuelga únicamente cuando se sabe con meridiana certeza que en esa fecha no existen dentro del barrio aspirantes a marcharse para siempre, la única manera de marcharse, por lo demás. Tal hecho es sumamente fácil de constatar, puesto que a ninguno le está permitido abandonar el barrio sin haber concluído, por lo menos, el cuarto grado de primaria. Así lo dispuso el gobierno. Y cuando llega al sitio un nuevo grupo de viudas se espera a que todas hayan cruzado el puente, se comprueba que nadie quede afuera y se descuelga el puente por espacio de semanas y aun meses enteros. Podría afirmar del mismo modo que durante casi años enteros, ya que sólo en diciembre, cuando la escuela y el colegio cierran sus puertas, está en capacidad de saberse si hay o no candidatos para marcharse. Generalmente son pocos, pues ya he dicho que tanto hombres como mujeres son incapaces de resistir más allá del cuarto grado de primaria, el mínimo requerido para poder optar por tal pretensión. Sin embargo, a través de su historia, algunos casos se han visto —bien extraños, por cierto— de alguien que haya decidido continuar allí sus estudios hasta el último grado existente. Ese, por ejemplo, fue mi caso, y la gente me miraba, incluídos mis familiares, como se mira a un leproso. No podían entender que ya desde el quinto grado de primaria yo había decidido esperar hasta el límite para poder conocer mejor todas las características del lugar y proclamar después de mi exilio su existencia y sus miserables condiciones de vida. Yo me había elegido a mí mismo como el denunciante por excelencia. Pero nunca, cuando lo intenté, se me tomó en serio. Antes bien se me llamó soñador, loco, alienado, poeta

y otros tantos insultos. Cuando comprendí que mi vida peligraba si decidía continuar con mi papel, abandoné la ciudad e intenté hacer conocer la verdad a otras gentes en otros parajes. Pero también allí fue igual. Entonces, en momentos en que yo mismo empezaba ya a dudar de que pudiera en realidad existir un lugar semejante, despejé mi cabeza, adopté mi resolución y empecé a escribir esta carta abierta que deberá ser tomada en cuenta por la sola razón de mi suicidio posterior e inmediato a su despacho. Aunque aún no he podido averiguar por qué medios podría llegar su contenido a sus remotos y desconocidos destinatarios.

La vida en el barrio transcurre, diríamos, a puertas cerradas. A las siete de la mañana los niños se dirigen a la escuela. A esa misma hora las madres acuden con los más pequeños a la iglesia para regresar a ocuparse de sus compras diarias. Luego se encierran en sus casas para preparar el almuerzo y no salen más en el resto del día, como no sea para efectuar alguna visita y aún esta costumbre ha caído en notorio desuso, pues es cierto que son considerados sospechosos sus practicantes. En el barrio no hay ninguna clase de distracción: cuando se comprobó que el cine y la televisión, programados con bombos y platillos durante los primeros años de su fundación, en lugar de crear en sus habitantes irresistibles deseos de viajar y conocer mundo los adormilaba sobre sus butacas o en la tibieza del lecho, se les suprimió inmisericordemente, por decreto. Desde entonces los niños deben contentarse con algunos deportes rudimentarios y en canchas improvisadas o los tradicionales juegos de trompo, rayuela y canicas. Las mujeres, por su parte, no precisan de distracción, esto sería un contrasentido manifiesto dentro de las características del lugar: ellas encarnan el dolor y la ausencia, los calcinantes recuerdos. Su papel, por el resto de sus vidas ya avanzadas o plenamente maduras, será dar testimonio constante —ante ellas mismas y sus hijos, puesto que no se dispone de ninguna otra clase de público— de su viudez apática y desamparada.

He hablado también de que la política del gobierno respecto del barrio se orientó siempre a crear los estímulos necesarios para que los jóvenes lo abandonaran. Esto fue válido inicialmente sólo en cuanto a los jóvenes se refiere, ya que a las mujeres les está absolutamente vedado abandonar el lugar así sea por un momento. Cuando los alicientes adoptados para los jóvenes sur-

tieron el efecto contrario, se cambió radicalmente de táctica y se les instó a abandonar por su voluntad el sitio mediante el simple recurso del aburrimiento. Deshauciar por la fuerza a sus habitantes y acabar así, de una vez y para siempre, con la pesadilla del barrio, no es posible. El gobierno no puede darse ese lujo en atención al indudable problema social que resultaría de tal medida. De ahí que sea preciso tolerar su existencia y se proceda en forma menos drástica. Ahora, con las mujeres es diferente a con los jóvenes, ya que con ellas se está procediendo por eliminación natural. Hubo una época en que todas las casas del barrio —y eran muchas— permanecieron habitadas, pero ahora —y cada año que pasa el fenómeno es más notorio— la mayoría permanecen vacías, muertas ya sus propietarias. En contraprestación, el cementerio crece cada vez más. De este modo, el barrio es actualmente poco menos que fantasma. Sobreviven aún algunas mujeres, las más jóvenes en el momento de la fundación, pero poco a poco a cada una le irá llegando su hora. Cuando esto suceda y el último estudiante se marche, el centinela abandonará también el paisaje en que ha estado moviéndose desde tiempos inmemoriales y el barrio, finalmente, llegará al fin para el cual fue creado: hundirse en el hondo pozo del olvido.

Hasta ahora he venido hablando del centinela como de una sola e inmemorial persona. Resulta errónea tal apreciación. El centinela nunca ha entrado ni podrá entrar al lugar, sus funciones las ejerce desde el otro lado del abismo circular que rodea al barrio, y es por tanto ajeno a él. Conoce a la gente que vive dentro de sus confines, y eso que sólo la conoce de una mirada, cuando llega o cuando abandona el sitio para no regresar nunca. Conoce —o conoció— a las viudas que llegaron cualquier polvorienta tarde de cualquier mes y a las cuales nunca más tuvo oportunidad de volver a ver puesto que salieron directamente de su casa hacia el cementerio. Además, como por ciertas épocas el centinela sabe que el puente puede durar descolgado seis meses o casi un año, se aleja a cumplir otros oficios menos inhóspitos y regresa sólo en la fecha prevista y que oportunamente le es indicada. Naturalmente, no ha habido un solo centinela sino varios: algunos han muerto o simplemente no regresaron —y esto es una falla terrible por la cual se les persigue hasta encontrarlos y ultimarlos— pero vengo hablando de un centinela único porque en la práctica es así, todos son uno y el mismo, el oficio que desempeñan. Y como, por añadidura, nadie en la ciudad conoce al centinela o finge no conocerlo, nadie sabe, ni desea

saber, o prefiere olvidar, quién es la persona encargada de tan execrable tarea, ni él mismo estaría dispuesto a confesarlo por nada del mundo, la fiscalización de su trabajo corresponde exclusivamente al gobierno de la ciudad. Sólo en tan altos estratos se sabe con precisión quién es el centinela.

Inicialmente, el barrio semejaba, por su extensión, un pueblo entero. Allí se construyeron en gran escala casas prefabricadas, como un inmenso pesebre de zinc y aluminio, y lo habitaron con viudas y huérfanos de todos los rincones del país. Seleccionado el lugar de su fundación en una elevada meseta distante varios kilómetros de la ciudad, paulatinamente fue creciendo en tan alta proporción que llegó hasta sus actuales límites, al borde mismo del precipicio. Inmensos trenes nocturnos transportaban a sus futuros moradores por centenares, en pleno auge del ramalazo de violencia. Después la ola de violencia disminuyó y el barrio, con el éxodo de los jóvenes y la muerte de las ancianas fue reduciéndose en número hasta llegar a ser lo que hoy es, un lugar olvidado o que se pretende ignorar porque en el fondo todos lo sienten como una vergüenza. En sí mismo el barrio, su sola existencia, resultaba y aún hoy resulta un testigo incómodo. Su fundación se realizó dentro del mayor sigilo, al igual que la forma en que fue poblándose. Es indudable que se procedió con astucia e inteligencia; en torno al sitio se tejió una leyenda que lo convirtió en un lugar inverosímil. Los diversos centinelas fueron oportuna y discretamente eliminados, bastaba con esperar a que murieran una o dos generaciones a lo sumo para que no quedara ni sombra del lugar. Y ahora, sin mucha esperanza de que se me escuche, agoto mi insomnio en elaborar este relato confuso y contradictorio para hacer conocer del mundo tan singular y siniestra historia, intentando precisar algunos puntos no del todo claros en la memoria antes de que lleguen los sicarios que han de asesinarme y que desde hace varios meses me siguen, cada vez más de cerca, la pista. Pero sus afanes serán burlados porque antes de suicidarme despacharé estas notas por cualquier medio.

Esta es la visión que del barrio se forja el turista o el habitante ingenuo de la ciudad, gente que todavía se deja contagiar por el poder corrosivo de la leyenda. Pero se trata de una visión deformada y equívoca del lugar. Es verdad que el barrio está situado en un escarpado paraje y que poca gente habla de él en la ciudad, pero esto obedece tan sólo a que la gente que lo

habita son personas de pocos recursos que alguna vez invadieron el terreno y construyeron allí en forma rudimentaria sus viviendas. Si no hay televisores ni radios ni canchas deportivas es, fundamentalmente, por la misma razón, aunque respecto del último punto el gobierno está estudiando la posibilidad de dotar al barrio con una cancha de fútbol. Es igualmente cierto que allí viven casi exclusivamente mujeres solas con sus hijos, pero ya se sabe, los hombres se van, se olvidan de sus hogares, los jóvenes prefieren trabajar desde temprano para ganar algún dinero, puesto que son pobres. En ningún caso debe pensarse que se trata de una disculpa sumamente exigua. Es así. Todo en el barrio, por lo demás, es normal. Uno pasea por sus calles y observa una iglesia pequeña pero devota y apropiada, un cementerio bien conservado en su extensión ilímite, la escuela y el colegio, los niños jugando en los potreros, las mujeres haciendo sus compras en las tiendas, todo marcha allí igual que en otros barrios modestos de la ciudad y nunca ha existido, por supuesto, ningún centinela, puente colgante ni abismo circular, tampoco prohibiciones de abandonar el sitio para las viudas —ni siquiera puede afirmarse que sean viudas puesto que la mayoría de ellas nunca se casaron— ni alicientes a los jóvenes para que se marchen. En fin, un lugar como tantos otros, feliz a su manera. Desde luego, en la ciudad se habla del barrio como se habla de cualquier otro, nada hay que ocultar ni es tampoco una vergüenza haber nacido o vivido allí. El barrio es como todos, apacible, tranquilo, rutinario, la gente se gana diariamente su sustento en labores comunes y corrientes, las mujeres se visitan unas a otras sin temor alguno, pueden salir a la ciudad o a donde quieren cuando les plazca. Sólo en una mente calenturienta y adicta a las obras de Kafka puede caber la extravagante idea de un abismo, un puente colgante y un centinela. Todo esto no son más que visiones disparatadas del loco ese que no abandonó el lugar a tiempo y que manda cartas a todos los periódicos amenazando con suicidarse si no se las publican.